

Recuento en Dublín

León Trotsky

4 de julio de 1916

(Versión al castellano desde “Les comptes sont faites à Dublin”, en *La guerre et la révolution*, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 130-131. Publicado en *Nache Slovo*, 4 de julio de 1916)

Sir Roger Casement, ex alto funcionario colonial del Imperio Británico, revolucionario irlandés por convicción, intermediario entre Alemania y la insurrección irlandesa, ha sido condenado a muerte... “Prefiero estar en el banquillo de los acusados que en el lugar del abogado general”, gritó tras la lectura de la sentencia que siguiendo la fórmula tradicional le condenaba a “ser colgado por el cuello hasta su muerte”, y “que Dios se apiade de vuestra alma”. ¿Se ejecutará la sentencia? Este interrogante debe proporcionarles a Asquith y Lloyd George muchas horas de turbación. El castigo a Casement hará más difícil aún la posición de la fracción puramente oportunista y parlamentaria nacional irlandesa, bajo la dirección de Redmond y que está dispuesta a aceptar un compromiso con la sangre de la revuelta ahogada. No se puede indultar a Sir Roger tras tantas ejecuciones: sería “¡indultar a un traidor de altos vuelos!”. Con esa soga juegan los social-imperialistas, tipo Heydemann, con una avidez sanguinaria de apaches. Sea cual sea la suerte de Casement, su condena establece una pesada característica sobre este episodio dramático de la rebelión irlandesa.

En lo concerniente a las operaciones puramente guerreras de los insurgentes sabemos bien que el gobierno siempre ha sido dueño de la situación. No se ha producido un levantamiento general, tal y como lo concebían los “pensadores nacionalistas”. El campo irlandés no se ha levantado. La burguesía se ha mantenido al margen. Han combatido y sucumbido los trabajadores urbanos mezclados con los revolucionarios entusiastas salidos de la “intelectualidad” pequeño burguesa. Ya no existe el terreno histórico para una revolución nacional, incluso en la Irlanda atrasada. En tanto que los movimientos irlandeses del siglo pasado adquirían un carácter popular se lo debían a la participación del arrendatario explotado y sin ningún recurso ante su señor y dueño, el “landlord” inglés. Si para este último el Eire era un terreno de descarada explotación, para el Imperio Británico se revelaba como una base indispensable. Casement, en un folleto escrito antes de la guerra, demuestra que la independencia de Irlanda (apoyándose en la ayuda de Alemania) amenaza “la libertad de los mares” y es un golpe mortal para la supremacía marítima inglesa. A pesar de eso es cierto que Irlanda “independiente” puede existir como puesto avanzado de una potencia hostil a Inglaterra y como base contra las vías marítimas británicas. El Premier, Gladstone, puso el interés de la Inglaterra imperialista por encima de los del “landlord” y comenzó una reforma agraria que, compensando ampliamente a los propietarios terratenientes ingleses, distribuyó en parte sus tierras a los granjeros irlandeses. Tras esas reformas, que van de 1881 a 1903, los arrendatarios se convirtieron en poseedores que la bandera verde no puede arrancar de su parcela. La “intelectualidad” irlandesa (abogados, periodistas, empleados de comercio, etc.) emigra en masa a las ciudades inglesas y, a causa de este hecho, se pierde para la “causa”. La burguesía comercial e industrial, que se formó lentamente en el último siglo, se opone al joven proletariado y pasa del campo revolucionario al del posibilismo. La clase obrera, de reciente creación,

llena de recuerdos de las luchas heroicas de antes, tropieza con el egoísmo de las “Trade-Unions” y duda entre el nacionalismo y el sindicalismo, presta a reunir estas dos concepciones en su conciencia revolucionaria, arrastra tras de sí a la juventud “intelectual” y a los fanáticos nacionalistas aislados que impiden al movimiento hacer triunfar a la bandera verde sobre la roja. Así, la “revolución nacional” es de hecho una revuelta de los trabajadores como lo indica la posición aislada de Casement.

Plejánov, en un lastimoso y vergonzoso artículo, pone el dedo en la llaga del carácter “malsano” de la revuelta y se alegra de que el pueblo irlandés (¡eso le honra!) lo haya entendido y no haya apoyado a los locos revolucionarios. Se podría suponer, desde el punto de vista internacional, que los campesinos manifestasen su aversión hacia la rebelión y salvaran el “honor” del Eire. Pero en la ocasión, fueron guiados por su egoísmo obtuso de pueblerinos y por una total indiferencia hacia lo que no afecte a sus “pedazos” de tierra. Así aseguraron la rápida victoria de Londres sobre los heroicos defensores de las barricadas en Dublín.

La experiencia irlandesa, en la que participó Casement con un coraje indiscutible, ha terminado. Pero ahí solamente comienza el papel del proletariado irlandés. En esta insurrección, bajo los pliegues de la bandera “vencida”, ha llevado adelante su lucha de clases contra el imperialismo y el militarismo. Ese movimiento no acabará. Por el contrario, encontrará su eco en toda Inglaterra. Los soldados escoceses han demolido las barricadas edificadas en Dublín. Pero, en la misma Escocia, la gente se agrupa alrededor de la bandera roja levantada por Mac Lean.

El trabajo del verdugo realizado por Lloyd George será vengado por esos mismos trabajadores que los Henderson se esfuerzan en atar al carro del imperialismo.

Edicions internacionals Sedov



Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org

Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es